

INVASORES DEL EXTERIOR

por

J. SCHLOSSEL

Por todas partes, soles enormes y brillantes, sencillos o múltiples, pasaban con su séquito de planetas pequeños y oscuros. Aun cuando ningún sonido marcaba su paso por el firmamento, uno sentía que allí, en efecto, había un mugiente infierno. Lentamente, y con seguridad, el sistema solar avanzaba a través de aquel verdadero vórtice de poderosos e incandescentes soles. Era poco menos que un milagro el que cada sol pudiera guiar a todos los planetas a su cargo por la región, atestada de estrellas, próxima al centro de la Vía Láctea. A pesar de que el sol brillaba con el máximo de esplendor de que era capaz, no era más que un minúsculo sol enano en una región en que abundaban los gigantes al rojo blanco.

Los inteligentes habitantes del sistema solar llevaban siglos enteros barriendo el firmamento con sus complicados aparatos astronómicos intentando ver más allá, siempre más allá. Sus telescopios eran gigantesco. Con la ayuda de esos enormes ojos que miraban, sin parpadear, hacia las estrelladas regiones de la noche, les era posible anotar, levantar el mapa y comparar casi todas las estrellas del universo del que constituían una parte insignificante.

Casi puede decirse que ningún fenómeno celestial, pequeño o grande, escapaba a su vigilancia. Soles ardientes y brillantes y mundos fríos y muertos, recibían, por igual, la atención de su penetrante mirada. Su sistema de investigación era casi perfecto. Además, si a uno o más de los miembros de la gran corporación llamada Sociedad Científica de los Doce Mundos Confederados se le escapaba algo

debido a irremediables condiciones locales, no se le escapaba a los demás.

Siempre vigilaban y, aunque sus instrumentos abarcaban los límites de la Vía Láctea, cierto número de mundos oscuros y fríos habían logrado burlar su vigilancia y uno de ellos se dirigía en aquellos momentos, a una velocidad enorme, hacia el sistema solar.

Hallándose en completa ignorancia de su venida, de la singular ruta zigzagueante que seguía, y de sus terribles propósitos, los habitantes de aquellos doce mundos civilizados proseguían, confiadamente, sus investigaciones y sus sueños de eterna paz.

¿Paz? La mayoría de los habitantes de los Doce Mundos Confederados desconocía el significado de las palabras paz y guerra. Estas dos palabras sólo se encontraban en los archivos más antiguos de cada planeta. Porque la paz perfecta y segura de que gozaban los Doce Mundos Confederados no se había roto nunca. Eran los amos del sistema solar. La paz era aún más antigua que la Confederación, pese a que ésta llevaba en existencia un número incalculable de años. Nadie sabía, ni tenía la menor idea, de cuándo se había aprobado el Decreto de Confederación. La fecha se perdía en las tinieblas de un pasado lejano.

Ni siquiera los laboriosos habitantes de Marte, aun cuando su civilización había llegado a su punto culminante, doscientos cincuenta mil años marcianos antes y su historia escrita databa de quinientos mil años atrás, sabían cuándo se había acordado el pacto. Grabada profundamente en las lisas e imperecederas murallas de diamantes que rodeaban Is-